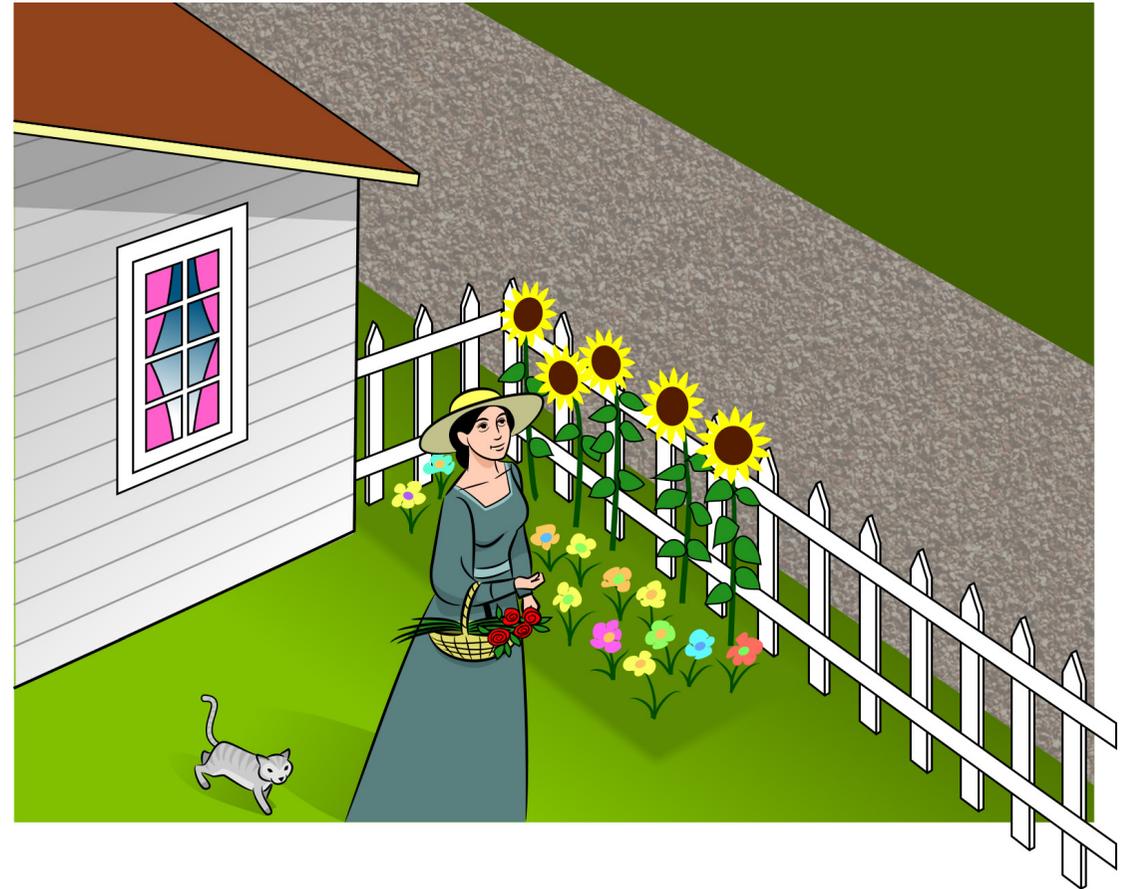
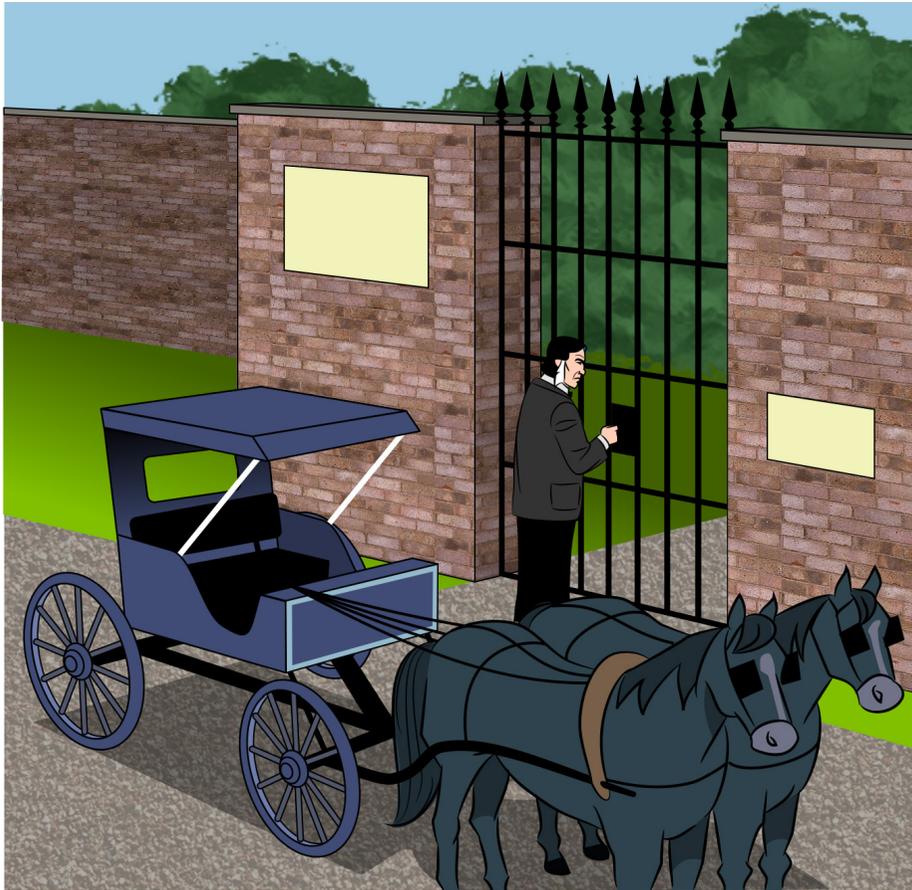


Una barra de pan

Hace muchos años, existió un hombre rico que se llamaba Enrique Mercader y que decía que no creía en Dios: «Soy ateo. Solo creo en mí mismo y en el dinero». Era muy orgulloso, pero no era feliz.



En la misma calle donde vivía Enrique, vivía Juanita Sánchez, una mujer pobre. Ella amaba mucho a Jesús. Aunque Juanita era pobre y eran pocas sus posesiones, tenía una riqueza: su fe en Dios. Además, era una mujer feliz, tranquila, que trataba de concentrarse en lo positivo al conversar con otras personas y a menudo hablaba con ellas de Jesús.

Enrique —el vecino rico de Juanita— no entendía por qué ella podía estar tan feliz cuando tenía muy poco dinero y solo unas cuantas posesiones. Tampoco entendía el amor de Juanita por Jesús. Es más, parecía que a Enrique le daba envidia la alegría de Juanita y a menudo era malo con ella, en un esfuerzo por disminuir su felicidad.

Un día caluroso en el que Juanita caminaba por un camino polvoriento y llevaba a casa las compras que había hecho en el mercado, Enrique pasó en su coche elegante. Cuando se acercó a Juanita disminuyó la marcha del carruaje.

—¿Cómo estás? —le preguntó—. Hace calor, ¿verdad? ¿Por qué tu Dios no disminuye un poco el calor para tí?

Enrique se rió de su propio chiste. Luego, sin ofrecerse a llevarla, se alejó riéndose, pues pensaba que había sido muy listo.

Aunque a veces la vida de Juanita era difícil, nunca dejaba de tener paz interior y fe en el amor de Dios.



Un día, Enrique caminaba con su perro; pasó frente a la casa de Juanita y creyó oír que hablaba con alguien. Tuvo curiosidad por saber con quién hablaba, se acercó a la ventana abierta y se sorprendió al ver que Juanita oraba.

—Señor, hoy no tengo pan para comer. Tampoco tengo dinero para comprarlo —oró Juanita—. En Filipenses 4:19 prometiste que proveerías para todas mis necesidades. Te ruego que cuides de mí y que me des el alimento que necesito. En el nombre de Jesús. Amén.

Enrique se conmovió por un momento. Pero pronto, en su rostro volvió a aparecer una sonrisa pícaro. Se le ocurrió hacer una broma a su vecina. Fue rápidamente a la tienda a comprar una barra de pan grande. Al volver a la casa de Juanita, Enrique lanzó la barra de pan por una ventana abierta.

¡Juanita quedó muy emocionada! Dios había contestado con rapidez su oración. De inmediato empezó a agradecer a Jesús:

—Te doy gracias, Jesús, por esta barra de pan. Solo tenía que pedírtelo y rápidamente me diste lo que necesitaba.

De repente, Juanita oyó una risa burlona fuera de la casa. Enrique asomó la cabeza por la ventana abierta y exclamó:

—¡Ja, ja, ja! No fue Dios. ¡Yo te la di!

Enrique se turbó, pues Juanita solo sonrió y siguió con su alabanza a Dios:

—¡Gracias, precioso Jesús! Me enviaste esta barra de pan, ¡aunque tuvieras que valerte de Enrique Mercader para entregármela!

La cara de Enrique se puso roja. De nuevo, su plan no había funcionado. Se alejó dando fuertes pasos, enojado. Enrique no podía dejar de preguntarse si tal vez Dios de verdad se había valido de él para responder a la oración de Juanita.

